

# ESCONDIDO DEL MUNDO

**Diego Agudelo**

*«...así comprendí, poco a poco,  
tu pequeña existencia melancólica».*  
Antoine De Saint-Exupéry

David es un niño de seis años al cual empiezo a atender en octubre de 2005 y que aún conservo en un proceso clínico de orientación psicoanalítica.

*El motivo de la consulta es el siguiente: «No aprende y demuestra muy poco interés por las actividades escolares. Es ansioso, en el colegio permanece aislado y cuando alguien se acerca a él rechaza el contacto y baja su cabeza cubriéndola con el brazo. Cuando responde a algo, casi siempre sus palabras son fuera de contexto. Emplea pocas palabras y su discurso es desarticulado. Además es muy ansioso y retraído»*

Por este motivo de consulta fue evaluado inicialmente en una institución bajo una orientación teórica que no

es el psicoanálisis. El resultado de esta evaluación fue: «Capacidad intelectual y habilidades adaptativas alrededor de los 4 años, lo que lo clasifica como limítrofe entre el retraso mental y la normalidad. Se debe reevaluar en seis meses». Agregan que «la separación de los padres no generó reacciones emocionales en el niño, pues le transmitieron información apropiada, y que su conducta de retraimiento puede ser efecto secundario de la medicación (en ese momento consumía Depakene y Ritalina)».

Como podemos constatar, se presenta todo en el marco del discurso médico, con el estado cerebral como única opción para explicar lo que ocurría al niño.

Recomiendan lo siguiente: «Una maestra particular que le enseñe a trabajar en diferentes áreas para que sea promovido apropiadamente, incluir un tiempo en la tarde para exponerlo a actividades sociales y para enseñarle a interactuar apropiadamente. En la casa se deben aumentar las exigencias a todo nivel, promoviendo la madurez e independencia». Además, «iniciar con Strattera (otro medicamento) y analizar con el neurólogo si requiere ansiolítico. Se recomienda también terapia ocupacional y natación».

Es obvio que todas las indicaciones muestran un objetivo

prioritario y único: que el niño sea como los demás esperan, como el otro desea.

Inicialmente, como acostumbro, me entrevisto con la madre. Sus padres son adoptivos y están recién separados. David quedó bajo el cuidado de su madre. Sobre la historia del niño dice que fue adoptado cuando tenía tres meses de edad. De su madre biológica no se tiene ninguna información, luego del parto se escapó del hospital, dejando allí al niño.

A la edad de cuatro años presentó una crisis convulsiva. Le practicaron cuatro electroencefalogramas y una resonancia magnética con resultados normales. Sin embargo fue medicado. Es de anotar que este fenómeno convulsivo ocurrió al llegar a Cartagena, cuando por vez primera el niño se separaba de su casa.

En el lugar donde vivió con sus padres hasta hace poco, tenía algunos amiguitos con los que compartía en las tardes después de regresar del colegio. Esa casa fue vendida a causa de la separación y David vivía ahora en un nuevo barrio, en el que había sido imposible hasta ese momento, estar por algún instante con algún niño del vecindario. No aceptaba separarse de la madre cuando estaban ambos en casa, ella lo llevaba al parque pero David rechazaba cualquier invitación que implicara estar separado de ella. No se presentaba ningún interés ni por los juegos ni por los demás niños.

Frecuentemente reclamaba al papá, preguntaba cuándo iba a estar con él. Cuando se le informaba que el papá

lo iba a recoger o a visitar la ansiedad lo invadía y su actividad consistía en preguntar todo el tiempo: ¿ya llegó?, ¿cuánto falta?, ¿por qué no llega?, ¿si va a venir?.

Cuando el padre llegaba y salía con él, a los pocos instantes empezaba a llorar inconsolablemente, reclamando estar con su madre.

Luego de la separación David empieza a dormir junto con su madre, debido a que se angustiaba demasiado ante la sola idea de dormir separado de ella (anota la señora que no sabe qué hacer porque en la institución donde fue evaluado le dijeron que eso era manipulación y que debía promover la independencia en su hijo). Mi indicación fue permitir al niño dormir con ella, pues no sabíamos el estatuto de esta respuesta ante el hecho de dormir solo y que más que acto de manipulación, me parecía ser un acto que decía algo de su subjetividad.

Efectivamente, la amenaza de un nuevo abandono bordeaba el psiquismo de David, a raíz de una serie de pérdidas consecutivas: además de la primera, los padres biológicos; se sumaban el primer jardín infantil que fue clausurado luego de un difícil periodo de adaptación, luego el barrio donde habitaba con sus padres y sus amiguitos, constituido hasta entonces en un importante referente; y por último su padre adoptivo, que de un momento a otro se va de la casa. ¿Qué podía temer

David? La ausencia también de lo único que le quedaba: su madre adoptiva, por ello empleaba todos los recursos posibles para tener la garantía de su presencia. Incluso en las primeras sesiones, en cada una de ellas salía varias veces en medio de la sesión a verificar su presencia, que no se hubiera marchado.

Al inicio del proceso clínico lo que hace David es ocultarse debajo del escritorio. Yo guardo silencio y a veces nombro lo que hace. En un momento asoma su cabeza y me mira; señalo: «David también puede salir, sabe que aquí esta Diego». Así transcurren las primeras sesiones. No pedir nada al niño es ofrecer un espacio diferente al que siempre encuentra, donde le piden que responda tests, que haga tareas, que hable, que obedezca.

En un proceso de orientación psicoanalítica, no se llevan a cabo intervenciones que sean impuestas o mortificantes para el niño. Se hace un acercamiento adecuado a la historia de vida del niño, a la respuesta y construcción de su psiquismo a partir de ella, respetando la manera que ha encontrado para responder a la vida. Para que este acercamiento se produzca, es necesario orientarse por la subjetividad del niño y no por la demanda de adaptación y de saber un diagnóstico.

De esta manera se busca que el niño encuentre libertad para expresar lo que subyace en su ser, lo que permite al analista un lugar diferente en la vida del niño y un

vínculo especial que posibilite el inicio de la cura. Este vínculo recibe como nombre *Transferencia*.

En las siguientes citas, David se dedica a tomar dos muñecos cualquiera y los pone a luchar en lo que parece un juego. Mis intervenciones consisten sólo en decir: «David lucha, y lucha solo».

A una de las sesiones llega la madre diciendo que el niño ha estado llorando con mucha frecuencia. Lloro a la hora de salir para el colegio, argumentando que no quiere ir porque los niños no juegan con él, y que desea irse para donde los abuelos. En el colegio dice que no se quiere ir para la casa de los abuelos. En esta lógica de llorar en todos los espacios reclamando otra cosa que cuando la tiene también llora, transcurren esos días. ¿Por qué estaba llorando David?

En sesión dibuja una carita y me dice: «mi mamá», y seguidamente nombra: «hoy vino mi papá y mi mamá lo echó», abre la puerta buscando a su madre y dice: «¿Por qué echaste a mi papi?». Al volver su mirada hacia mí yo le digo que sus padres ya no viven juntos, que él vive con la madre pero va a poder ver al padre de manera frecuente. Le señalo: «David está triste porque sus padres pelean y no viven juntos».

En el encuentro siguiente retoma la actividad con los muñecos, yo estoy escribiendo los detalles de su actividad. Cuando me detengo y observo su trabajo me dice: «sigue escribiendo». Continúo escribiendo y cuando

me detengo de nuevo dice: «tú, sigue trabajando». Así transcurren varias sesiones, entre: «sigue escribiendo, sigue trabajando, ¿ya terminamos?».

Hace un dibujo (una carita) y dice: «mi papá». Yo pregunto: «¿y dónde está?, en otra casa, es que ya no vive con nosotros», responde David.

Su propuesta posterior ya me incluye un poco más, hace unas figuras con plastilina (niños) y me regala algunos. «Para mí y para tí», dice.

Toma una hoja, hace tres caritas y me dice: «David, el papá y la mamá». Mis palabras son: «David tiene una familia», él con la cabeza dice que sí, y agrega, «y el papá me quiere». Yo respondo: «te quiere mucho y no te va a abandonar». Seguidamente hace un dibujo y me dice: «éste eres tú».

La siguiente sesión me dice que escribamos una carta. Ésta dice lo siguiente: «mi papá me ama, mi tía me ama, Juan Pablo me ama, Any me ama, todos me aman».

En este momento del proceso la madre me reporta que puede visitar al padre, incluso fines de semana y logra estar tranquilo. Las intervenciones posibilitaron los recursos simbólicos faltantes para lograr la representación mental de la madre y el padre, el fort-da, la ausencia-presencia de sus figuras parentales. Anteriormente, la

no presencia de la madre o del padre era sinónimo de «me abandonó».

En navidad, la madre salió a vacaciones por veinte días, David puede estar con su padre y cuando hablaba de la mamá era para decir: «está de paseo, me llama mucho y me va a traer regalos».

El lenguaje verbal se incrementó muy rápido, en sesión me relata las historias que ocurren en el colegio y los planes que tiene con sus amiguitos para el día siguiente.

La ansiedad disminuyó casi por completo. Si llegó al mundo y tuvo que esperar tres meses para que alguien lo acogiera en su deseo, ¿cómo no ser ansioso?, ¿sí va a llegar mi papá?, ¿ya llegó?, ¿por qué se demora tanto?, ¿cuándo es, pues, que va a llegar?. Es la marca del abandono extendida a toda forma de vinculación con la vida. Esto es llamado por Jaques Lacan como lo REAL, aquel componente del psiquismo humano que nos acompaña siempre, lo desconocemos, nos determina y nos hace sufrir.

El real del abandono ha logrado ser relativizado por los recursos simbólicos (lugar del lenguaje, la cultura, los saberes) e imaginarios (lugar de los afectos, del vínculo) con los cuales ahora David puede hacer lazo social, hacer tareas, jugar, dormir sin la madre y disfrutar de los paseos con su padre.

Actualmente cursa el grado transición siguiendo el ritmo de todos sus compañeros en todas las áreas de desarrollo (lenguaje, cognitiva, social y motriz), incluso ya sabe leer y sumar.

Está en clases de pintura y de equitación, no en natación porque no fue su elección. La medicación fue suspendida por completo.

Hace muy poco la madre salió de fiesta con sus amigos y David quedó bajo el cuidado de una amiga de la familia poco representativa para él. Estuvo muy bien hasta la hora de acostarse, momento en que empezó a llorar, reclamando a la madre y diciendo por primera vez: «*Me abandonaron*». Esto señala que ya puede pasar por lo simbólico lo que le angustia, y que habitar con la madre y el padre están consolidados como espacios seguros y sin posibilidad de abandono, pero que falta consistencia en un tercer referente (el mundo), que David conquista poco a poco y que está logrando habitar con la incidencia cada vez menor de la pureza del horror del abandono, sin tener que estar debajo del escritorio, en un rincón del aula de clase o con la presencia permanente de la madre... escondido del mundo.